

ANTONIO RUBIAL, BRIAN CONNAUGHTON, MANUEL CEBALLOS y ROBERTO BLANCARTE, *Historia mínima. La Iglesia católica en México*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2021, 340 pp. ISBN 978-607-564-254-3

Dentro de la colección de Historias Mínimas, ésta implicaba un reto singular. Para empezar porque Iglesia es una palabra cuyo contenido suele presuponerse fijo siendo históricamente cambiante. Además, porque en las regiones de cultura católica dominante se suele dar por sentado que, si se trata de Iglesia, ésta es necesariamente la católica romana. Dos arraigados lugares comunes, uno derivado de la inclinación ahistórica de los discursos religiosos, el otro resultante del predominio de la cultura católica en ciertas sociedades. A esto agréguese que la Iglesia católica ha estado por largo tiempo en el centro de la producción de estereotipos de la historia política de México. Todo ello se ha conjugado —con diversos alcances— en narrativas tenaces que la historiografía reciente cuestiona. Así, el primer gran mérito de este libro es reunir a autores cuya trayectoria ha contribuido a diversificar el rostro histórico del catolicismo en México; “cuatro de los mayores especialistas en el tema” anuncia el prólogo y, no cabe duda que es así, aunque cabría esperar un poco de modestia cuando dicho prólogo está firmado por uno de ellos.

Este libro condensa obras que lo preceden y lo hacen posible, historias de la Iglesia católica y del cristianismo en América Latina y en México, en un conjunto multigeneracional en donde sobresalen los nombres de José Gutiérrez Casillas, Alicia Puente Lutteroth, Enrique Dussel, Jean Meyer, Pilar Martínez López-Cano, Manuel Ramos Medina, Sergio Rosas, Alfonso Alcalá Alvarado, Antonio Rubial, Clara García Ayuardo y Roberto Blancarte.<sup>1</sup>

Esta historia arranca en el siglo XVI, termina en el XXI y consta de cuatro partes, siguiendo las líneas de especialidad de sus autores: “La Iglesia novohispana (1523-1750)”, a cargo de Antonio Rubial; “De las

---

<sup>1</sup> Consúltese el apartado bibliográfico en el propio volumen.

reformas borbónicas a la Reforma mexicana (1750-1876)”, de Brian Connaughton; “La Iglesia católica en el Porfiriato y en la Revolución (1876-1929)”, de Manuel Ceballos Ramírez, y “La Iglesia católica en el México contemporáneo (1929-2020)”, de Roberto Blancarte. Esta estructura propone una concepción del devenir de la Iglesia católica en México, y de la historia de México en términos de la impronta del catolicismo, que se entrelaza con los grandes ritmos de la historia política y social sin coincidir con ellos sistemáticamente.

La obra encara desde cuatro enfoques distintos el contenido histórico del sintagma “Iglesia católica”. La dificultad que comporta la síntesis de una historia de complejidad irreductible obliga a resignarse a la abstracción, como indica Blancarte en la introducción a su texto:

La historia de la Iglesia católica es, al mismo tiempo, la de sus miembros y la de sus instituciones. Por ello, cuando hablamos de historia de la Iglesia, quizá deberíamos más bien referirnos a la historia de los católicos, tomando en cuenta que, incluso en este caso, se hace abstracción de una enorme pluralidad de posturas, comportamientos y relaciones con su entorno [...]. Por ello cuando nos ocupemos [...] de “la Iglesia católica en México”, del “catolicismo mexicano” o de “los católicos mexicanos”, claramente estaremos haciendo una simple abstracción de un conglomerado complejo, plural y diverso (p. 217).

Abriendo la puerta a esa complejidad, el capítulo inicial muestra las dinámicas humanas e institucionales de implantación del catolicismo en la Nueva España por medio de sus corporaciones, con su normatividad específica en el marco de la expansión de la Corona española. Establecimiento, imposición, producción de institucionalidad, reproducción del catolicismo, son parte medular de este capítulo. Distingue Rubial tres etapas: la fundacional (1523-1565), la de consolidación de las instituciones eclesíásticas (1565-1640) y la de fortalecimiento de una Iglesia novohispana (1640-1750). Un gran esfuerzo de síntesis que da cuenta de más de dos siglos de asentamiento, consolidación, afianzamiento del dominio católico en la Nueva España y que muestra las bases jurídicas sobre las cuales se orquestó el proceso, enfatizando sus antecedentes medievales. Destaca el autor la variedad y lógicas de actores que en él intervienen, autoridades civiles, órdenes religiosas

masculinas y femeninas y clero secular, los conflictos entre todos ellos, y la forma en que el catolicismo, como doctrina y como conjunto de prácticas, fue factor estructurante del tejido social novohispano. El texto muestra la articulación gradual de un territorio, en un marco en el cual el hilo trasatlántico de autoridad no se relajará, aunque las instituciones novohispanas se consoliden.

Para mediados del siglo XVIII, subraya el autor un resultado de este proceso: “Aunque la gran mayoría [de la población novohispana] poseía un conocimiento muy superficial de los dogmas católicos, en su vida no actuaba conforme a las estrictas normas morales cristianas y concebía la religión como mera ritualidad, la presencia de la Iglesia en los ámbitos sociales, económicos, políticos y culturales del virreinato era enorme” (p. 88).

A esta síntesis del establecimiento del dominio católico y de su centralidad en la construcción de la sociedad novohispana, siguen tres capítulos dedicados a coyunturas fundamentales de la relación entre poder civil y poder eclesiástico en Nueva España y luego en México. El capítulo segundo atiende al cambio de actitud en las esferas del poder civil —primero monárquico y luego republicano— frente a la administración eclesiástica. Un cambio que procura independencia con respecto al poder eclesiástico y también un mayor control sobre él. Brian Connaughton considera que la influencia del reformismo borbónico perdura hasta la Reforma mexicana de la generación de Juárez, que condujo a la afirmación del poder del Estado mexicano por encima de los poderes eclesiásticos. Una línea interpretativa que recuerda —toda proporción guardada— el texto introductorio de José María Vigil al tomo *La Reforma del México a través de los siglos*. Posible gracias al desarrollo reciente de una historiografía (dentro de la que se cuenta la obra del propio autor) que en materia religiosa no considera que la independencia constituya un quiebre radical y permite apreciar un conjunto de continuidades en la práctica de la administración pública entre el Estado mexicano y el Estado borbónico español.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Para el ámbito de la administración civil véase Annick LEMPÉRIÈRE (ed.), *Estado*, vol. 3/10 de Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870*, t. II, Madrid, Universidad del País Vasco, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014, pp. 11-35 y 109-158.

Tras exponer el reformismo de las últimas décadas del virreinato, el texto ofrece un recorrido por la intensa vida política de las décadas que van del levantamiento contra la corona en 1811 al rechazo del imperio de Maximiliano, para cerrar con las reformas liberales. Connaughton logra reconstruir la polarización de la opinión y de los bandos políticos, el estallido de las posturas políticas en la guerra, primero la civil y luego la de intervención francesa. Sin embargo, la presentación de la delicada coyuntura caracterizada por el reformismo juarista y la resistencia civil y armada al mismo ameritaría ser más equilibrada: la radicalización del liberalismo reformista tiene al menos uno de sus resortes en el involucramiento de una parte de la jerarquía católica en una rebelión ciertamente movilizadora, como dice el autor, por la opinión conservadora, pero además sustentada moral y financieramente por la Iglesia –aspecto que en el texto se pasa por alto–.<sup>3</sup> Si el autor discrepa de esta interpretación prevaleciente en la historiografía sobre el tema, convendría que lo argumentara como parte del debate historiográfico en el que el libro, aun siendo de divulgación, participa.

Este capítulo pone de relieve un rostro poco conocido de la Reforma en materia eclesiástica: a partir de los años 1860, la reorganización de la Iglesia católica fue conducida por los obispos mexicanos, con independencia del Estado y en relación directa con la autoridad pontificia: “en vez de hacerlo bajo la autoridad del Estado o solicitando su autorización, lo realizaron por voluntad propia y con plena aprobación de la Santa Sede” (p. 155). El texto muestra esa construcción institucional de la Iglesia, lograda por obispos y arzobispos, que fue contraparte de la construcción del Estado moderno en el siglo XIX, como ha sugerido Roberto Di Stefano.<sup>4</sup>

Las páginas de Manuel Ceballos, entre las últimas que este fino historiador escribiera, dan cuenta de una historia donde los sujetos creyentes se han vuelto políticamente relevantes. Así, en el capítulo destinado a los años 1876-1929, destaca un empeño por mostrar la

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Andrés LIRA y Anne STAPLES, “Del desastre a la reconstrucción republicana”, en *Historia general de México ilustrada*, México, El Colegio de México, Cámara de Diputados LXI Legislatura, 2010, pp. 68-133.

<sup>4</sup> Roberto DI STEFANO, “¿De qué hablamos cuando decimos ‘Iglesia’? Reflexiones sobre el uso historiográfico de un término polisémico”, en *Ariadna Histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 1 (2012), pp. 195-220.

diversidad de corrientes internas del catolicismo, su filiación ideológico-política y sus transformaciones en relación estrecha con los cambios a escala mundial. Un capítulo interesado por los movimientos sociales católicos y su entrada en política, por la inscripción de los diversos catolicismos en un marco global, en donde los pontífices romanos marcan la pauta y donde la diversidad es una realidad conflictiva.

El autor identifica la geografía de la restauración católica mexicana, las dinámicas y lógicas organizativas que tienden el puente entre lo social y lo político, así como los factores que incidieron en el fracaso del movimiento demócrata en el lodazal del huertismo. En este punto sin embargo la argumentación no es plenamente convincente: luego de mostrar la diversidad interna del Partido Católico Nacional, Ceballos atribuye un peso fundamental en la radicalización de los constituyentes de 1917 a la “leyenda negra” en torno al apoyo de los católicos al golpe de Estado de Huerta. Si bien una tendencia a la generalización indiscriminada sobre la actuación de los católicos en esa coyuntura entorpece su reconstrucción histórica, el propio texto pone en evidencia la complejidad del momento y el apoyo efectivo de algunos al huertismo. Así, no es sólo leyenda. Hace ya años que Jean Meyer, leyendo el testimonio de Eduardo J. Correa, rectificó públicamente su opinión al respecto.<sup>5</sup>

El cierre del capítulo da cuenta de la experiencia traumática de la rebelión cristera y su fin a cargo de los propios cristeros. Recuerda la radicalidad de ambos bandos y la distancia con los movilizados en que terminan coincidiendo el poder civil y el eclesiástico al fraguar los llamados “arreglos”. Consigue el autor inscribir este dramático episodio dentro de la disputa por el perfil del Estado mexicano post-revolucionario. El fin de la guerra cristera constituye una frontera en las formas de hacer política en México, y en particular en las relaciones entre autoridades civiles y autoridades religiosas.

El último capítulo, destinado al México contemporáneo, inicia con una reflexión sobre los conceptos y límites del texto, y da un lugar privilegiado a datos cuantitativos sobre las religiones practicadas en

---

<sup>5</sup> Eduardo J. CORREA (1939), *El Partido Católico Nacional y sus directores. Explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades*, edición de Jean Meyer, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

México en el siglo xx y su transformación. Cifras que permiten situar, dentro del predominio del catolicismo, su no desmentido declive. Sobre ese fondo, que interpreta en términos de avance de la secularización, Roberto Blancarte muestra el juego de tensiones entre poder civil y eclesiástico; el mantenimiento del marco constitucional de 1917, que desconoce personalidad jurídica a las iglesias, y su sistemática transgresión tolerada. Muestra también cómo, pasada la rebelión cristera, la Iglesia católica afirmó su presencia en el espacio público y en la acción política; cómo las tensiones con el Estado se tornaron diálogo, colaboración, sin que el distanciamiento volviera jamás al conflicto abierto. Destaca factores que propiciaron el acercamiento ideológico entre la Iglesia y el Estado posrevolucionario, como el anticomunismo de mediados de siglo.

El autor muestra la diversidad de posturas del episcopado, sus afinidades políticas e ideológicas, sus tensiones internas. Aborda la adaptación del catolicismo a la diversificación religiosa del territorio mexicano y la prevalencia de un catolicismo popular a la mexicana: “resulta evidente que la gran mayoría de estos católicos era, para muchos efectos, practicante de una religiosidad popular no necesariamente conectada con los principios doctrinales establecidos por la jerarquía o con sus posturas políticas” (p. 225).

El capítulo analiza las relaciones entre el Estado mexicano y las iglesias, la inserción del catolicismo mexicano en las dinámicas latinoamericanas y mundiales; su calidad, incluso, de laboratorio. Muestra las transformaciones de décadas recientes, tras el reconocimiento de personalidad jurídica a las asociaciones religiosas en 1992 y en un contexto político cambiante tras el quiebre del dominio político del PRI en el cambio de siglo, entre lo que caracteriza como democracia y populismo. Casi al cierre, lo que parece una animadversión personal hacia quien el autor llama “el eterno candidato” (p. 309), cuando apenas en la página anterior se indicaba que dicho candidato y su partido habían “arrasado” en las elecciones presidenciales de 2018, sin abonar a la explicación histórica, desmerece de la gran calidad del conjunto del texto.

Finalmente, aunque ésta es una historia de la Iglesia católica, se extraña una mayor atención al hecho de que, contra sus pretensiones, no fue nunca el catolicismo el único credo activo. Si bien el capítulo

primero muestra la represión de las disidencias y el último la diversificación del paisaje religioso mexicano, las páginas dedicadas al último tramo del XVIII y al conjunto del XIX parecen dar por sentado un paisaje uniforme, sobre el que las disidencias primero y la libertad religiosa después pesan poco. Sabemos en cambio, por trabajos como los de Jean-Pierre Bastian y Alma Dorantes, que la intolerancia religiosa fue, además de un marco jurídico, una práctica social que en las últimas décadas del XIX se tradujo en violencia extrema.<sup>6</sup> Punto sobre el que la obra podría dar mínimas pistas.

Otros lectores desearán otros matices, muchos imposibles en una *historia mínima*; sin embargo, este libro consigue expresar la complejidad de un eje estructurante de la sociedad mexicana. Se impone, así como una síntesis indispensable para quien se interesa por la historia del catolicismo en la vida de México.

Elisa Cárdenas Ayala

*Universidad de Guadalajara*

---

<sup>6</sup> Jean-Pierre BASTIAN, “Metodismo y clase obrera durante el Porfiriato”, en *Historia Mexicana*, xxxiii: 1 (129) (jul.-sep. 1983), pp. 39-71; María Alma DORANTES GONZÁLEZ, “Protestantes de ayer y hoy en una sociedad católica: el caso jalisciense”, tesis doctoral, Guadalajara, Jalisco, Centro de Investigaciones y Estudios Supiores en Antropología Social, Universidad de Guadalajara, 2004.